

Espigar huesos

Yasunari Kawabata

Había dos lagos en el valle. Mientras el de abajo brillaba como si estuviera lleno de plata fundida, el de arriba quedaba silencioso en la sombra de la montaña y su color verde muerto delataba su hondura.

Tenía la cara pegajosa. Al volver la cabeza la sangre caía en la maleza y en los carrizales que partía con los pies. Parecía como si las gotas de sangre quisieran moverse.

Otra vez, la sangre, tibia, me venía en olas desde dentro de la cabeza. Confuso oprimía la faja del kimono sobre mi nariz. Por fin, me eché de espaldas. Si los rayos del sol no son directos, se deslumbra el interior de lo verde que recibe estos rayos. En una sensación desagradable, la sangre, que había llegado a las ventanas de mi nariz, regresaba hacia dentro. Al respirar, irritaba. Algunas cigarras cantaban por la montaña. De repente —como si hubieran sido asustadas— sonaron todas.

Era a mediados de un julio de estos en que se tiene la impresión de que si una aguja cayera podría deshacer todo. Sentía que no debía moverme.

Al acostarme, empapado de sudor, la riña de las cigarras, la opresión de lo verde, el calor del suelo y el retumbar de mi corazón crearon algo como puntos de enfoque en mi cabeza. Cuando yo pensaba que todo se iba a enfocar, se dispersaba. Me sentía como si quisiera gritar al cielo.

—Joven, joven, oiga, joven.

Al oír la voz desde el crematorio, me levanté asustado.

En la mañana del día que siguió al sepelio habíamos venido a espigar los huesos de mi abuelo. Al empezarme a gotear la sangre de la nariz salí sin ser notado, oprimiéndomela con la punta de la faja, y subí la colina cercana al crematorio mientras estaban removiendo las cenizas, todavía calientes.

Al ser llamado, bajé corriendo. El lago que brillaba como si fuera de plata desapareció ladeándose, tambaleando. Resbalaba en las hojas secas del año pasado.

—Es usted de veras un niño irresponsable. ¿Adónde fue? Encontramos el alma de su abuelo. ¡Véalo! —gritaba la vieja ama de llaves. Bajando atropellado por los carrizales, contesté:

—¿De veras? ¿dónde está?

Pálido por la pérdida de tanta sangre y preocupado por mi faja, me acerqué al lado de la vieja. En la palma de la mano, que parecía de pergamino arrugado, había un pedazo de papel blanco en que se fijaron los ojos de varias personas. Miraban un pedazo de material calcinado, de una pulgada de tamaño.



Parecía la manzana de Adán. Forzando la imaginación, uno podía pensar que tenía la forma de un ser humano.

—¿Lo vio usted? Esta es la forma que ya tomó su abuelo. Sólo queda meterlo en la urna.

¡Qué decepción! Yo sentía que mi abuelo, con sus ojos ciegos llenos de placer, esperaba todavía en la puerta el ruido de mi regreso. Por nunca antes haberlas visto, parecía extraño, increíble, ver mujeres como las tías vestidas de crespón negro.

En la caja, a mi lado, se atestaban desordenadamente los huesos de los pies, las manos, el cráneo. El crematorio no tenía bardas ni techo, solamente se había excavado una zanja angosta. El olor de los restos ardientes, penetraba.

—Bueno, vayamos al panteón. Aquí no huele muy bien y el sol lastima —dije yo—, la cabeza dándome vueltas y preocupado por la sangre de la nariz que parecía escurrirme otra vez. Al volver la cabeza, uno de los hombres de la casa traía la caja con los huesos. En el crematorio quedaban el desperdicio de las cenizas y las esteras de los invitados que habían venido ayer para la ceremonia. Ahí también estaban parados los bambúes cubiertos de papel de plata.

Que durante el velorio, en la noche, el abuelo se había convertido en una llama azul de fuego fatuo que se había levantado del techo del santuario shintoista, entrado en las recámaras del hospital de cuarentena y dejado suspendido en el cielo, sobre el pueblo, un olor desagradable... Cuando iba hacia el cementerio, me acordé de estos rumores.

El panteón de mi familia estaba separado del cementerio de la aldea, que quedó con el crematorio en un rincón.

Llegamos a nuestro panteón privado, con las estelas de las tumbas en filas. Ya no me importaba. Quería echarme al suelo y sorber el cielo azul.

Al poner allí la caldera de cobre para el té que había llenado con agua en el valle, la vieja sirvienta decía:

—De acuerdo con el testamento del señor, lo enterraremos abajo de la tumba del ancestro más viejo.

Proponía con mucha seriedad lo del “testamento”.

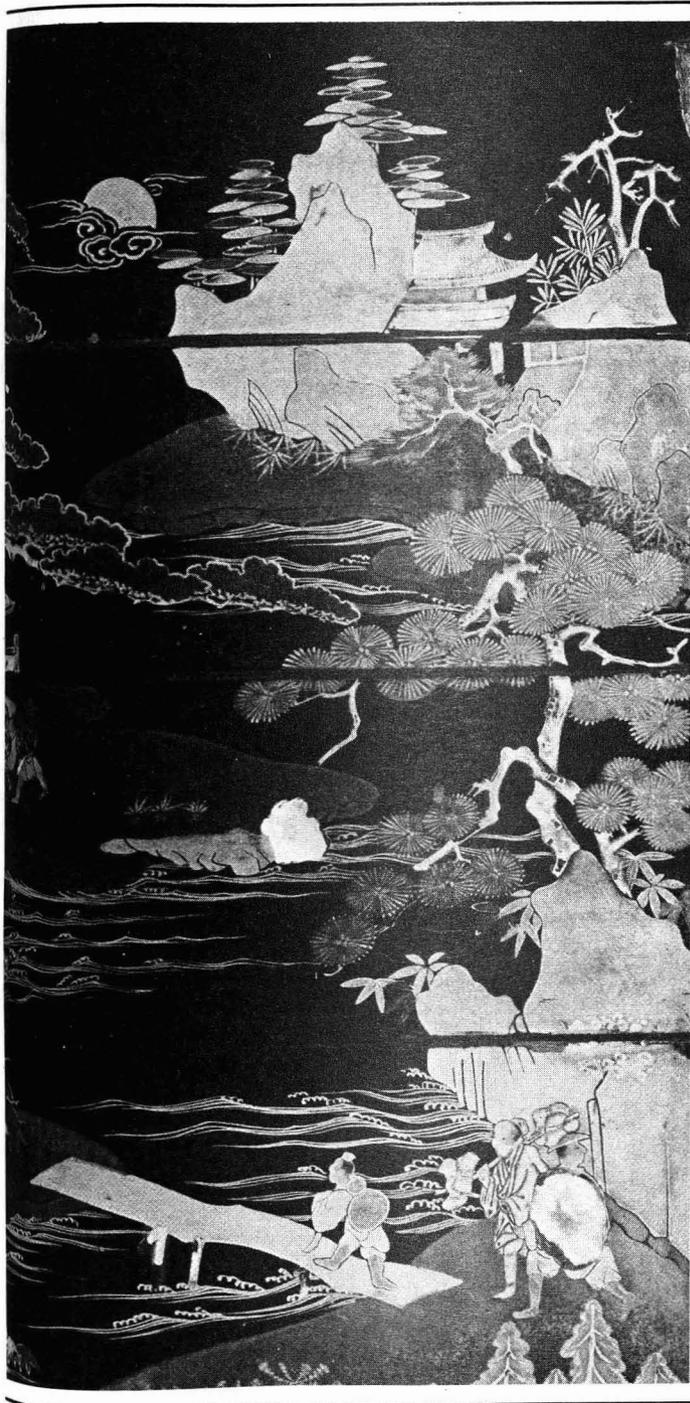
Sus dos hijos, campesinos que tenían que ver con nuestra familia, ganando la delantera de los otros empezaron a excavar debajo de la estela de una vieja tumba, ubicada en el lugar más alto.

Parecía un hoyo bastante profundo y la urna con los huesos sonó como si cayera muy hondo. Después de la muerte, el acto de enterrar los restos calcinados de los antepasados ya no significaba el final de su vida. Más bien parecía el principio del olvido.

Se levantó la estela otra vez en su lugar.

—Bueno, joven, regresemos.

La vieja estaba echando agua cuidadosamente sobre una pequeña tumba. Al quemar el incienso, el fuerte brillo del sol no dejó sombra del humo. Las flores se marchitaban.



Todos cerraban los ojos y rezaban. Vi las caras amarillas de la gente y mi cabeza se trastornó. La vida y la muerte del abuelo. Vi como mi mano derecha temblaba fuerte, como si estuviera articulada por un resorte. Los huesos estaban sonando. Era una pequeña caja de huesos.

—El señor fue un hombre que daba lástima. Exactamente hecho para su familia.

—Un hombre inolvidable para el pueblo.

Al regresar, cuentos acerca del abuelo. Quisiera que terminaran. El triste soy sólo yo.

También sentía que entre la gente la conmiseración se mezclaba con la curiosidad, al considerar lo que yo debía hacer, yo que había quedado solo por la muerte del abuelo.

Un durazno cayó y rodó hacia mis pies. Al regresar del cementerio caminábamos por las faldas de una colina de duraznos. . .

. . .Estos sucesos acontecieron cuando tenía quince años. Los describí dos años más tarde, en 1916. Ahora he tratado de revistarlos y copiarlos de nuevo. Para mí, transcribir a los cincuenta años una cosa que escribí a los diecisiete, tiene un sentido especial. Aunque fuera sólo por el hecho de vivir todavía.

El abuelo murió el 24 de mayo. Pero yo decidí que este *Espigar huesos* ocurriera en julio. Esto demuestra que procuré dramatizar un tanto.

Fue publicado en el *Diario Literario (Bunshō-nikki)* de la editorial que se llamó *Shinchō-sha*, pero una página de en medio fue arrancada y se perdió. Entre “El olor de los restos ardientes penetraba” y “Bueno, vayamos al cementerio” se perdieron más de 200 caracteres.

Sin embargo, lo transcribí como estaba.

Antes de este *Espigar huesos*, escribí un texto llamado *A la aldea natal*. Era sólo un deshaogo sentimental de niñez en el cual, en forma de una carta escrita desde el dormitorio de la secundaria, tuteaba a la aldea donde estaba mi abuelo.

Quisiera recoger algo de la parte del cuento que vincula *A la aldea natal* con *Espigar huesos*. . . yo que había jurado tanta fidelidad a “ella” —mi aldea natal— hace unos días, en la casa de mi tío, consentí en vender las tierras de mi familia.

Mientras tanto, “ella” debe haberse dado cuenta de que las cajas y cómodas pasaban del almacén a las manos de los comerciantes. Desde que me separé de “ella”, nuestra casa se había convertido en albergue de un pobre jornalero. Después de que su esposa murió de reumatismo, oí que sirvió de prisión al idiota de nuestro vecino.

Las cosas del almacén desaparecían, robadas, la colina del cementerio iba perdiendo sus contornos y se incorporaba al terreno de la vecina colina de los duraznos. Y al acercarse el tercer aniversario de la muerte del abuelo, su tablilla mortuoria, en el altar de la familia, debe haberse caído entre los orines de los ratones.